

MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

VIREYES DE MALLORCA.

JURAMENTO DE D. PEDRO RAMON ZAFORTEZA.

En 22 del antedicho mes de marzo vinieron dos naves de Valencia con este caballero mallorquin, que desembarcó cerca de *Las illetas*, trayendo consigo cartilla de S. M. para regir la lugartenencia de virey de estas islas. Llevó esta cartilla á Sus Magnificencias para que la examinasen, D. Onofre Zaforteza, puesto que D. Pedro Ramon deseaba jurar el mismo día. Los Jurados la remitieron al Lugarteniente Dezmur por si se le ofrecía algo que observar en contra de ella, y como este nada tuviese que oponer, respondieron á D. Onofre que estaban prontos á obedecer las órdenes de S. M. y asistir al juramento: que D. Pedro señalase la hora, y aunque segun la antigua costumbre tenían que ir al Hospital general, por ser día de juéves Santo, irían á la puerta de Santa Catalina á recibirle. Así se hizo. Prévio el competente aviso, los Jurados se dirigieron á la expresada puerta, dieron allí la bienvenida á D. Pedro, colocáronle entre los dos mayores y le acompañaron á la catedral, en cuyo altar mayor ya preparado prestó el doble juramento. Por ser muy ocupados los dos días siguientes, viérnes y sábado Santo, los Jurados retardaron hasta el día

de Pascua su visita de cumplido al nuevo Lugarteniente de Virey, y con una sola dejaron satisfecho su doble objeto, que era felicitarle por su nombramiento y por la solemnidad religiosa de aquel día.

A 12 de noviembre de 1617 el M. Iltre. y noble Sr. don Pedro Ramon Zaforteza, Lugarteniente general, partió para Alcudia por tenerse noticia de que se temía una invasion de los berberiscos. Permaneció allí algunos días, y al fin escribió á los Jurados diciéndoles que el lunes 20 se hallaría en el rafal de D. Leonardo Zaforteza, y que le diesen por respuesta lo que debía hacerse para su entrada en la ciudad. Los Jurados enviaron al escribano de gastos menudos á besarle las manos y anunciarle que ya se habían puesto en camino; y regresando todos entraron por la puerta de San Antonio, donde apostados los doscientos les hicieron salva, y el bastion disparó cuatro ó cinco tiros.

VENIDA DE D. FRANCISCO JUAN DE TORRES.

Natural de Valencia era este caballero elegido por S. M. virey de Mallorca. A eso de las 8 de la mañana del martes 3 de julio de 1618 aparecieron por la parte de poniente seis galeras de España que entraron en Portopí cerca de medio día. Saludólas únicamente la fortaleza de San Carlos, y la capitana respondió con dos disparos por entónces; pero cuando se acercaron al muelle, unas dos horas ántes de ponerse el sol del mismo día, al pasar por delante del castillo de Bellver, este disparó sus morteretes y su gruesa artillería; la capitana respondió con un tiro, y al emparejar con la torre del muelle las galeras por su orden dispararon cuatro tiros cada una, y luego dicha torre y todos los baluartes de la parte de mar hicieron gran salva, acompañando su estruendo las compañías de arcabuceros repartidas por las murallas. Desembarcó de la capitana el virey electo; la vireina, con sus hijos é hijas y un lucido cortejo de damas mallorquinas en carrozas y coches, se dirigió al real castillo, y despues vinieron á caballo el virey, los Jurados y muchos caballeros: apeáronse á la puerta mayor

de la catedral, entraron en ella, y prestado el juramento en su altar mayor, se encaminaron al mismo palacio casi al toque de oraciones. El Señor le deje regir bien para salvacion de su alma y utilidad del pueblo. Amen.

Miércoles á 4 de julio partieron dichas seis galeras á cosa de tres horas de noche con rumbo á poniente.

El sábado 3 de abril de 1621 salió de esta ciudad para visitar la de Alcudia el Ilmo. Sr. D. Francisco Juan de Torres, y volvió de su excursion el viérnes 9 á hora bastante avanzada de aquel día. Antes de su partida la habia anunciado á Sus Magnificencias, que por esta razon fueron al palacio á cumplimentarle, y de su regreso les dió aviso por medio de una carta, á fin de que estuviesen prevenidas y se le tributasen los honores sancionados por la costumbre, aunque tal vez introducidos por mera cortesía. Dieron estas órden al capitan de la artillería y á su cabo maestro para que hiciesen la salva que se acostumbra siempre que los vireyes vienen de visitar los pueblos rurales de la isla, y lo mismo se comunicó á las dos compañías de los doscientos que en tales casos van á situarse á la puerta por donde ha de verificarse la entrada. La práctica establecida es que cuando el Sr. virey está de vuelta, el séptimo Jurado, es decir, el escribano de gastos menudos, acompañado de un síndico ó del escribano de la Universidad, precediendo á los demas, le salga al encuentro, le dé la bienvenida de parte de Sus Magnificencias, y se vuelva en seguida para que estas se hallen ya en el paraje señalado para recibirle. Si el virey viene por el camino de Inca van hasta el rafal del Sr. Leonardo Zaforteza, y si por el de Manacor hasta Ntra. Sra. de la Soledad. Luego regresan todos juntos, y al entrar por la puerta las dos compañías hacen salva, y en el bastion se disparan cinco, ó á lo ménos cuatro piezas de grueso calibre. Los Jurados con los caballeros, á quienes han convidado por medio de los leonados, acompañan al virey hasta el real castillo, le dejan al pié de la escalera, le saludan y se vuelven á la Sala, y de allí cada uno á su casa ó á donde más le acomoda. Y así se efectuó al volver de Alcudia D. Francisco Juan de Torres.

DEFUNCION DEL VIREY D. FRANCISCO JUAN DE TORRES.

Entre la cuarta y quinta hora de la noche falleció este señor el 21 de agosto de 1621. El día siguiente, á las ocho de su mañana, los Jurados enviaron á Pedro Onofre Salvá para que manifestase á la Sra. vireina la parte que tomaban en su sentimiento, y como no se le permitiese entrar, por estar todavía en cama el secretario, se le pasó el recado y contestó, que si era el deseo de Sus Magnificencias, dar personalmente el pésame á la vireina y á su hijo, podían venir en hora buena. En efecto fueron los Jurados al real castillo y regresaron en seguida á la Sala, á fin de hallarse en disposicion de asistir al juramento de D. Pedro Ramon Zaforteza, Procurador real en aquel entónces. A punto de partir estaban ya cuando M^o. Juan Seguí vino á decirles de parte del Regente y de los señores de la Rl. Audiencia que D. Pedro Ramon no podía prestar el juramento hasta que el cadáver del señor virey estuviese sepultado. Pero los Jurados quisieron cerciorarse de ello, y examinado y consultado el caso, fueron de parecer que debía verificarse el juramento ántes de darse sepultura al cadáver, y así lo acordaron. A consecuencia de esta resolucion Salvá fué á participarla al Sr. Regente, que dijo estaba muy bien, y entretanto el síndico M^o. Jaime Soler, fué á decir á D. Pedro que los Jurados se dirigían al real castillo donde él les aguardaba, puesto que era tambien su opinion y su voluntad de que no se esperase el entierro del virey finado.

Cinco de los Jurados, por hallarse casualmente en Andraitx el de ciudadanos Jaime Mas, acompañados de los oficiales universales que estaban presentes en la Sala, y fueron el mostassaf, el clavario y misser Juan Moll abogado de la Universidad, se dirigieron á la puerta de la procuracion real, *passadas las barras de ferro*, tomaron á D. Pedro Ramon en medio del militar y del mayor de ciudadanos, condujéronle á la catedral, y despues le acompañaron hasta la puerta de la gobernacion, donde los Sres. del real consejo aguardaban su regreso. (f)

VENIDA DEL VIREY D. JERÓNIMO AGUSTIN.

Tomó puerto en este de Mallorca S. Sría. Ilma. el martes 12 de julio de 1622, viniendo con su señora y numerosa servidumbre, escoltado por siete galeras de Sicilia y la capitana que era del reino de Nápoles. Cuando estuvieron estas frente de Portopí los Jurados enviaron los cuatro caballeros elegidos, que fueron en coche al muelle y vieron que habían ya fondeado. Los embajadores eran:

EL SR. PEDRO ANTONIO DE ST. MARTÍ.

EL SR. JORGE SUREDA DE CAUBET.

(f) Del libro llamado *del Custòs* de la catedral, de donde hemos sacado la noticia referente á la venida del virey D. Francisco Juan de Torres, transcribimos estas relativas á su muerte.

Dissapte de cap d' octava de Ntra. Sra. als 21 d' agost de 1621, á quatre horas de nit morí lo Ilm. Sr. D. Francisco Juan de Torres, virey de Mallorca, y diumenge 22 acabat lo ofici major jurá per llochinent de virey lo Procurador real D. Pere Ramon Çafortesa ab la forma acostumada, acompanyat dels magnífichs Jurats del Regne. Deu lo deix ben regir. Amen.

A 22 d' agost comensaren á tocar los nou trets, tocada missa matinal, com á dignitat, y assò per orde del vicari capituiar. Dit día posaren el còs de dit Sr. virey en lo aposento que ix an el balcó, en un tímulo tot entoldat de friseta, y lo Sr. virey vestit ab lo habit blanch de Santiago, ab esperons calsats y espasa daurada: havia quatre atxas en quatre torritxons, y quatre canalobres, dos al cap y dos als peus ab quatre ciris grossos, y als peus dos altres canalobres ab dos ciriets petits, y dit día li feren absoltas las parroquias y monastirs de frares, y casi á posta de sol li feu l' absolta lo castell real ab música.

Dit día corregueren mandatos de monsenyor D. fra Simó Bauzá bisbe de Mallorca, y del Rvt. Capitol, perque á la nit lo volían aportar an els Teatinos (*Jesuitas*) per depositarlo allí, y fins dilluns que fonch als 23 encara no l' havían enterrat, sino que l' havían posat dins de una caixa alt á la capella de St. Jaume.

A 25 d' agost li tregueren la moca y la freixura, y en la nit lo aportaren dins del fossar de Santa Creu, y li feren una caixa empeguntada de pega, y après una altra dins de la qual posaren la empeguntada, y tancada y clavada, forraren dita caixa de vellut negre ab una creu vermella, y aportárenlasen á Valencia, sens fer enterro ningun de que tot lo poble s' escandalizá, y la virreyna s' en aportá el còs ab 7 galeras de Espanya á 11 de setembre circa quatre horas de nit del any 1621.

EL SR. D. RAMON DESPUIG.

EL SR. JUAN DE ST. JUAN *de son Arrossa*.

Embarcáronse en un buque muy bien aderezado con vistosas alcatifas y cojines de terciopelo, y llegados al pié de la galera principal subió primero para anunciarles Francisco Salvá, de quien es este relato en que eliminando repeticiones conservamos algunas minucias de la etiqueta de aquellos tiempos. Observadas las fórmulas de costumbre y examinados los privilegios por los abogados de la casa Francisco Nadal y Juan Moll, los Jurados se dirigieron á la Lonja donde aguardaron el regreso de los embajadores, y luego lentamente á la puerta del muelle y allí aguardaron otro rato, esperando que volviesen dos leonados á darles aviso de que Su Sría. estaba á punto de desembarcar. Prosiguieron entónces su camino hasta la última escalerilla delante la torre del muelle, y allí le encontraron con la vireina. En aquel momento dispararon su artillería todas las galeras y bastiones. La vireina se colocó en la carroza de monseñor el obispo Bauzá con una hermana del mismo, y en otras carrozas una multitud de damas mallorquinas. Tomaron los dos Jurados al virey en medio, y se incorporaron en la comitiva, en el lugar que les correspondía como oficiales reales, el Baile y el Veguer, que habían ido al muelle como particulares, por haberles dicho en la Lonja los Jurados, que ellos no tenían lugar en la recepcion de virey ni de otra persona, pero que despues de recibido podrían ocupar el suyo, y así lo hicieron. Delante de los Jurados iban las trompetas tocando: al pasar por la puerta del muelle resonaron desde el bastion los ministriles y los disparos de numerosa mosquetería, como tambien los de dos compañías de arcabuceros al pasar por delante de la Lonja. Siguiéron por delante de la iglesia de San Juan, casa de D. Juan Bta. Despuig, oratorio de San Felío, casa del Sr. Nicolás Quint, y la de Pedro Coll: luego por la calle de Pelaires, de San Nicolás, *d' els Verins*, de Santo Domingo, de Cort y de la portería del expresado convento llegaron á la catedral. Ante su altar mayor conveniente-

mente adornado, M^o. Juan Seguí, protonotario de la Real Audiencia, leyó en alta voz los reales despachos, y luego el maestro de ceremonias de la catedral dirigió el juramento que se celebra en esta forma. Primeramente el virey se arrodilla en medio en la grada más elevada del presbiterio, va luego á la parte derecha del altar, pone las dos manos sobre el misal abierto, se arrodilla, se levanta y lo besa: pasa despues al lado del evangelio donde está el libro juratorio de los privilegios y franquezas de este reino, y jura observarlas conforme es uso y costumbre. Verificado este juramento el secretario de Su Rvma. el Sr. obispo, leyó el monitorio sobre la observancia de los preceptos é inmuni-dades de la Iglesia. Concluida la funcion partieron para el Rl. castillo, en cuya parte exterior había apostadas dos compañías de arcabuceros que les hicieron salva, entraron y dejaron al virey al pié de la escalera, por descuido de los maceros que en tales casos deben subir arriba hasta la pieza del cancel y entrar en ella.

El día siguiente, miércoles 13, los Jurados le enviaron á Francisco Salvá para decirle que le besaban las manos, y si les daba permiso irían á visitarle con los oficiales universales y un gran séquito de caballeros á quienes con tal motivo habían convidado. Fueron en efecto y estuvieron cerca de media hora sentados hablando con el virey, y luego pasaron á saludar á la vireina, que les recibió tambien con gran cortesía, y despues de un buen rato de conversacion se volvieron á la Sala.

A últimos de febrero del año 1626, á eso de las diez de la mañana entró en la sala de la Universidad el sargento mayor D. Juan Antonio Rossinyol, portador de una carta del Ilmo. Sr. D. Jerónimo Agustin, que el día anterior había salido de paseo hasta la Cartuja de Valldemosa con D. Luis Blasco, caballero de Madrid, enviado por S. M. á Mallorca para tratar de ciertos asuntos concernientes al Rl. servicio. Reduciase la carta á dar parte á Sus Magnificencias de que aquel mismo día estaría de vuelta, á fin de que le saliesen al encuentro segun la práctica establecida. Los Jura-

dos, probablemente resentidos de que el virey hubiese faltado á la atención de anunciarles su partida, se creyeron dispensados de celebrar oficialmente su regreso, y contestaron al mensajero que el servicio que se les pedía no era de obligación sino de mera cortesía; sin embargo determinaron reunir un buen número de caballeros ancianos para consultarles el caso y adoptar luego el mejor partido. Los pareceres fueron diversos: unos sostenían que se debía ir, y otros que no, puesto que el virey no se había despedido de ellos, y otra vez podría antojársele marchar hasta la Real ó hasta Portopí, y luego, valiéndose de tal precedente, exigir iguales demostraciones. Al fin se acordó que le saldrían al encuentro, no como cumplimiento de un deber, sino por deferencia á D. Luis Blasco que pudiera tomar á desaire la negativa. Así es que á cosa de tres horas ántes de ponerse el sol dieron orden á Juan Mas, síndico ordinario, y á Francisco Salvá, escribano de gastos menudos, que se adelantasen hasta más allá del campo *d' en Fuster*, diesen la bienvenida al virey y á D. Luis Blasco, y les anunciaran que Sus Magnificencias estaban ya en camino para ir á besarles la mano. Hecho su razonamiento los mensajeros volvieron grupas, y despues llegaron los Jurados, recibieron al virey y á D. Luis, y colocados estos entre los dos mayores, y siguiendo los demas con los oficiales universales por su orden, y cinco ó seis grupos de personas distinguidas á caballo, y los señores del Rl. consejo en carroza, desde el campo *d' en Fuster* se dirigieron á la puerta Pintada, donde la plaza les saludó con disparos de morteretes y de gruesa artillería, y las dos compañías de los doscientos allí apostadas, con salvas de arcabucería. Bajaron luego por la calle de los Olmos, tomaron la de San Jaime, y por el Borne y cuesta de la Catedral, se encaminaron al Rl. castillo quedándose allí el virey con D. Luis, y los demas se fueron cada cual á su respectivo domicilio.

TOMÁS AGUILÓ.

(Se continuará.)

Copiado del número de *La Defensa de la Sociedad* correspondiente al 16 de Julio de este año.

EL CORAZON DEL TIEMPO.

I.

Querida Rosa: Veo con sentimiento que tus ojos, perspicaces por el cariño, descifrando en mis palabras escritas hasta la modulacion con que las pronunciaría á tu lado, han visto las nubes que enturbiaban mi espíritu cuando te escribí mi carta anterior. Ni quiero, ni puedo negarlo, porque, como hemos de ser dos en uno, es preciso que nuestros corazones latan al mismo tiempo, que nuestros labios se sonrían juntos, y que nuestras mejillas se avergüencen á la vez. Por eso voy á abrirte el fondo de mi alma, aunque no sé cómo hacerlo para que no te burles de la ridícula tristeza de la juventud; pero sabes que, si no tengo más que veinte y dos años, mi razon ha madurado con los graves pensamientos que la escasez me obliga á anticipar, lo cual me da indisputable derecho á la tristeza, si lo es la impresion que has adivinado en mí, y que yo no me atrevo á distinguir con un nombre. Sea cualquiera el que le corresponda, ningun suceso extraordinario ha venido á turbar mi inalterable calma de espíritu, hija del conocimiento de la vida. Yo creo que, para ser dichosos en este mundo, es indispensable que nos desprendamos de las pasiones que agitan; por lo mismo he renunciado á la gloria, fuego fatuo, y á la ambicion, origen de molestias y amarguras, y sólo deseo alcanzar la posicion que nos proporcione lo necesario para satisfacer nuestras necesidades, con lo cual, tú y yo seremos felices, pues no hay más felicidad que la del amor puro y tranquilo. Imposible te parecerá que con tan modestas aspiraciones pueda oscurecerse la serenidad de

mi carácter; pero hay momentos en que la turba el deseo de llegar pronto al día de nuestra union, que será el principio de nuestra dicha.

Mi fantasía, adelantándose á las tardas horas, vuela al tiempo en que, unidos para siempre tú y yo, vivan con una sola respiracion las dos almas confundidas. Cuando en una tarde fría el agua y el viento azoten los cristales, nosotros, á la lumbre de la chimenea, hablaremos de esas cosas que sirven para el roce de los espíritus, para el contacto de los corazones. Yo, con tu mano, abandonada entre las mías, te cambiaré de dedo las sortijas, miéntras tú, mirando la llama, escucharás atenta los primeros latidos de otro amor que no ha de producirme celos; pero eso tan hermoso ¡es tan lejano!, y el tiempo anda tan lentamente, que no llegará la hora de la felicidad, porque la tardanza es casi igual á nunca.

He de concluir mis estudios; trabajo de hormiga, con que recojo provisiones para otra estacion, y he de subir la interminable cuesta que conduce á las posiciones sociales, pues, estudiante pobre, no puedo ofrecerte riquezas heredadas. Yo quisiera andar todo ese largo camino al paso de mi deseo, y espolear al tiempo, bestia perezosa que va unida con un buey, y que se burla de mí, alargando las noches si acorta los días, y alargando los días si acorta las noches. Así, cuando mi imaginacion se recrea en el porvenir, sufro la terrible realidad del presente: el presente es tu ausencia, nuestra separacion, un estrecho espacio entre paredes que se tocan, un catre que se mece y rechina cada vez que me vuelvo, una mesita en que apenas caben los codos, y un tinterillo, manantial de mis esperanzas de abogado. En esas realidades de hoy no encuentro silla cómoda, ni sitio agradable, y en ningun punto me detengo, hasta que, al fin de la velada, impaciente, cierro de golpe el libro, y me refugio en el catre, que con sus vaivenes desordenados parece que anda más de prisa que el sillón de cuero.

Un accidente nimio, que no puedes apreciar, ha contribuido á remover el fondo de mi alma: hace tres días que al desnudarme, quitándome el chaleco di un fuerte golpe al

reloj contra la pared. No tiene compostura, ni puedo comprar otro, porque los recursos de mi padre no alcanzan á lo superfluo. Ya no seguiré en aquella blanca esfera el giro de las manecillas, el curso de las horas, que, pasando escondidas, me parecen más largas. Tú no sabes lo triste que es llevarse la mano al bolsillo y no encontrar el reloj, no sentir los latidos del corazón del tiempo, no oír en el insomnio los golpes compasados del volante, que te dicen: duerme, que no pierdes camino. El único sér que me decía: te acercas á la felicidad, ha enmudecido; estoy sin reloj; créeme, Rosa, si viviese en los tiempos en que había diablos, le pediría un reloj al diablo. Exorcízame, santíguate, pero no te aflija mi mal humor, y no olvides á tu

Miguel.

— Cuando acababa de poner el sobre, oyó en la puerta dos suaves golpecitos, y, abrochándose rápidamente el gaban para cubrir el chaleco, dijo:

— Adelante.

Con el sombrero en la mano se introdujo un personaje cuya elegancia y pulcritud eran claros signos de calidad, que contrastaba con la habitación polvorienta. El recién llegado era uno de esos hombres en quienes el bienestar y el arte borran la expresión de la edad. Suavemente risueño y con modales exquisitos, ofreció á Miguel la mano con tan fina cordialidad, que desvanció en él la sorpresa natural que siente, por ilustrado que sea, todo pobre á la aparición en su casa de un rico. Afanoso le presentó una silla el estudiante, mirándole al mismo tiempo la cara, que, como espejo del corazón, podía revelar indicios del carácter, y tal vez del objeto de una visita inesperada. El desconocido tenía barba sedosa, nariz fina, labios delgados y ojos de azul ceniciento, pero vivos, casi chispeantes, y una frente espaciosa; facciones diluidas en la expresión de amabilidad. Una calva extensa y limpia brillaba sobre la frente, y el cabello de los lados, á punta de tijera, empezaba á crecer, formando encima de cada una de las sienes, en donde era más espeso, por su tendencia á rizarse, un verdadero cuer-

necito, tilde que sentaba muy bien al caballero, dándole por sazón un delicioso polvillo de pimienta.

—Sin duda le sorprenderá á V. mi visita, pero he querido satisfacer el deseo de conocerle y de felicitarle por el discurso de ayer, sobre la vida humana, en la Academia de Filosofía.

—No merezco tanto.

—Sí, señor; sí.

—Las ciencias y las artes para la perfeccion del bienestar físico y moral sobre la tierra: he aquí mi teoría.

—Perfectamente.

—La existencia embellecida por las flores naturales y por las de la industria.

—Estamos acordes.

—Y como cielo, el amor tranquilo, la paz de la familia.

—V. es de los míos; nos une la comunidad de escuela, que es lazo de sólida fraternidad: aquí tiene V. mi mano.

—La estrecho con alegría.

—Como prenda de la amistad indisoluble, espero que acepte V. este recuerdo.

El caballero desconocido se desprendió la cadena, y puso ante la vista del estudiante un magnífico objeto de oro, en forma de corazón. Miguel, presumiendo que era un reloj, contuvo el aliento y el brazo.

—Supongo que es un reloj.

—Un reloj de nueva forma y de máquina perfeccionada; está construido expresamente para mí, y no existe otro igual. Por el sistema de su escape, por su exactitud, ha recibido el nombre de *Corazon del tiempo*, y se le ha dado figura de corazón y gruesa caja de oro.

Miguel sufría una verdadera tentacion; pero, con un esfuerzo, dijo:

—Se lo agradezco á V. mucho, aunque no pueda aceptar alhaja de tanto valor.

—Es un insignificante recuerdo; si por delicadeza se resiste V., regáleme V. otra cosa; cambiemos.

El estudiante se puso colorado.

—No puedo aceptar un obsequio ofrecido tan inopinadamente.

—Mi carácter rechaza las dilaciones y los rodeos innecesarios; el tiempo es oro, y no debemos perderle en fórmulas. Sellemos nuestra amistad en el momento en que brota.

—Pero no sé aún quién es V.

—Es verdad, y no veo inconveniente en anunciarme, aunque le sorprenda.

—¡Sorprenderme!

—Yo, querido, soy el diablo.

El estudiante prorumpió en una carcajada, pero mirando los cuernecitos de su compañero, palideció; el diablo con una risa francamente alegre, se reía también de ver el efecto que había producido al anunciarse. Miguel, avergonzado de haber palidecido, continuó en el tono correspondiente.

—Me alegro mucho de conocer á un personaje en quien nunca he creído.

—He aquí mi gran triunfo: haber conseguido que no se crea en mí.

Otra ráfaga de duda volvió á oscurecer la mente del jóven, que siguió con una sonrisa ménos espontánea.

—Nunca he oido contar que el diablo sea elegante; siempre le representan con pezuñas.

Miguel no se atrevió á hablar de los cuernos.

—Anacronismos de pintores y poetas; créame V., en todo tiempo he procurado ser agradable. Además, también yo progreso: cuando llegó la época oportuna, cansado de arrastrarme por el suelo, arrojé la piel de serpiente, y, levantándome sobre los piés, he seguido en la carrera de perfeccion hasta calzarme los guantes; sí, amigo mio, los guantes me han franqueado todas las puertas.

—Pero si le conviene á V. que no creamos en su existencia, ¿por qué me ha revelado quién es?

—Porque le considero á V. como uno de mis amigos de confianza.

—¡Tanta honra!

—Pues, como iba diciendo, cambié la piel de culebra por el abrigo de pieles, y la manzana por la cartera.

El caballero diablo sacó del bolsillo del pecho dos car-

teras, de las cuales abrió una llena de *láminas y talones*, que hojeaba.

—Aquí tiene V. valores de todos los estados de Europa, depósitos en los bancos de Paris, Lóndres, Bruselas, Berlin.

—Es V. un potentado.

—Soy el heredero de todos esos bienes mal adquiridos, que el mundo no ve cómo se deshacen, y es que se los lleva el diablo.

—Ahora comprendo tan inmensa fortuna.

Miguel se reía, pero miraba por la cola del ojo la cartera que le enseñaba el diablo, diciendo:

—Esto es lo positivo.

—Sin duda, sin duda; sólo dos cosas pueden hacer agradable la vida en este siglo: la riqueza y el amor.

—Cuando se reúnen. Yo guardo este inmenso capital para dote de una muchacha encantadora; quiero que se reúnan la riqueza y el amor, los dos mayores elementos de felicidad.

—Permítame V. que desapruebe su conducta. ¿No sería mejor que destinase V. esa riqueza á un hombre, á un jóven de esperanzas?

—Yo me entiendo; siempre me ha producido buen resultado valerme de *ella*, y en esto no cambiaré.

Voy á enseñar á V. el retrato de la favorecida.

El diablo abrió la otra cartera, y de entre cien fotografías, sacó una, que dió al estudiante. Cuando Miguel conoció á Rosa, estuvo para lanzar un grito.

Volviendo en sí, el primer juicio luminoso que brotó en el cerebro del estudiante fué: si esa riqueza es de Rosa, será mía; despues se le ocurrió lo que nunca se le había ocurrido: ¡si me desdeñará viéndose tan rica! Luégo pensó: ¡en poder del diablo el retrato de Rosa!;... no hay diablos; pero no pudo ménos de preguntar:

—¿Cómo ha adquirido V. ese retrato?

—Por mis artes.

—Pero si fuese V. lo que supone, no se interesaría por una jóven devota.

—Pues precisamente me gusta por beatita.

Miguel se quedó helado; todo hervía tumultuoso en su cabeza y en su corazón; miraba al caballero, que se sonreía con una sonrisa tan sutil como el reflejo de una faceta de granate.

—¿Es V. un rival?

El diablo le puso con ademán de cariño una mano sobre el hombro, y el estudiante sintió brotar en su interior celos y codicia. Le habían penetrado en el corazón las uñas del diablo; su sonrisa le deslumbraba, y se le introducía hasta el centro de la cabeza, en donde sintió la impresión de una ascua. El diablo, si lo era, salió tranquilamente de la estancia, dejando el reloj sobre la mesa.

II.

Miguel se cubrió la vista para reconcentrarse: si aquel sujeto no era el diablo, ¿cómo había obtenido un retrato de Rosa, que nunca había querido retratarse ni á ruegos de su amado? Tal vez habían seducido á la frágil mujer las riquezas del nuevo pretendiente, que por eso destinaba su gran fortuna para dote de la infiel: el supuesto diablo no era más que un rival armado con el diabólico poder de la riqueza; era evidente. Perdidos amor y fortuna, ¿qué otros golpes terribles puede sufrir el corazón humano? Rosa merecía los insultos más crueles que puede inventar el despecho... y, bien reflexionado, Rosa tenía razón; Miguel sólo podía ofrecerle los trabajos y escaseces de un pobre; la culpa era de quien había hecho pobre á Miguel; Rosa tenía muchísima razón en preferir al rico á pesar de la calva... El estudiante daría á su rival una estocada en el costado izquierdo, pero los ricos no se baten, y hacen bien, y la justicia los absuelve, y hace muy bien, y los pobres van á la horca, y lo merecen... Miguel preferiría que aquel hombre fuese verdaderamente el diablo; y lo parecía, con la mano de hierro que aún pesaba en el hombro del estudiante, con los dedos inflexibles, largos, que aún oprimían el pecho contra la espalda. Miguel, respirando jadeante, abrió los ojos.

¡Qué horrible es una habitacion estrecha, rodeada de sillas con el respaldo torcido y un pié adelantado, como preparadas para lanzarse á dar picotazos al afligido huésped del polvo y las telarañas! El jóven volvió á cubrirse la vista por no ver las paredes, que daban frío con su desnudez. Los tapices que abrigan los muros, dan calor al alma, y los almohadones descanso al corazon enfermo; la chimenea habla del pasado y del porvenir con lenguas de llama, los grandes retratos suspendidos ahuyentan la soledad, y los jarrones de porcelana parecen vasijas de bálsamos.

Si fuese el diablo, quedaría una esperanza: no siendo Rosa infiel, todo lo demás era secundario. ¿Y por qué no ha de existir el diablo? Le niegan algunos filósofos porque no le han visto los cuernos y le desconocen con el guante; pero Miguel le había visto, sentía aún la sonrisa candente que le abrasaba las pupilas: aquel hombre era el diablo con su figura como debe ser. Los filósofos le han negado, porque los poetas y los pintores le han puesto en ridículo con sus caricaturas; y, en rigor, no habían hecho más que exagerarle, porque Miguel casi había tocado la frente de macho cabrío: podía creer en el diablo hasta en su forma primitiva.

¡Rosa fiel y opulenta! no cabe más felicidad en el corazon del hombre,... pero ¡agradable al diablo, y por él protegida!; dudas torcedoras, que han de durar un día, y otro día, y otro, un infinito de días, una eternidad de horas: ¡qué presente!... Era imposible que Rosa fuese mala: podría agradar al diablo en minuciosidades que no le importaban á Miguel. Un poquito de envidia, algo de vanidad, ribetes de hipocresía en la devocion, y hasta puntas de coquetismo, no eran cosas de grande importancia, por mucho que agradasen al protector. Aunque todo eso podía ser verdad, cabía otra explicacion; era imposible vivir así: la duda oprime el espíritu, y el tiempo, único aclarador de dudas, no acelera su marcha. Miguel no encontraba postura cómoda, y en uno de sus movimientos fijó la mirada en el olvidado reloj. Hizo saltar la tapa, y quedó suspenso de asombro. La máquina, diferente de las demás, no señalaba

horas; una sola manecilla, con punta de lengua de serpiente, cruzaba desde el centro á las líneas de la circunferencia que en otros relojes indican los minutos, y que en aquél señalaban años, hasta sesenta, como los minutos de la hora. Tal vez era el compas de la vida del estudiante; sesenta años y veinte y dos que tenía sumaban ochenta y dos, ¡casi inmortal!; demasiado camino para andar tan despacio.

De pronto se dió Miguel una palmada en la frente; sin hilacion de otras ideas, sola, distinta, se le ocurrió una luminosa, clara: podría adelantar aquel reloj. Sin vacilar, con la llave hizo correr la aguja dos años, un poco más de lo que deseaba; pero las distancias de las líneas eran muy cortas, y estaba el pulso tembloroso.

Quedó inmóvil, conteniendo la respiracion y plegándose para achicarse, como quien espera un golpe; la fisonomía se le desencajaba, absorbidos los músculos por el vacío interior, que le producía el desvanecimiento: una gasa envolvía los objetos, se apagaban los sonidos, y la insensibilidad del corcho se extendía desde el corazon hasta las yemas de los dedos, que movía desordenadamente, por el instinto de asirse, en el último débil esfuerzo de lucha; el semblante de Miguel se petrificó.

III.

El jóven, apoyado en una mesa y con la frente en las manos, procuraba recordar las visiones que le habían turbado en un sueño profundo, cuya duracion no podía calcular; pero los recuerdos parecían lejanos, tenues hebreas del esqueleto de las hojas carcomidas por la oruga. En un silencio sepulcral resonaban en los valles y en las cimas los golpes compasados de un reloj cuya péndula era la luna,... dos veces se habían cubierto de hojas y de fruto las ramas, y dos veces habían mudado la pluma los pájaros de los bosques.

Despues, los recuerdos se presentaban más distintos,

como de acontecimientos más cercanos: al rededor de una mesa, un grupo de jóvenes, con las copas levantadas, brindaban por el porvenir al despedirse de la universidad. En el banquete de separacion, tal vez eterna, reinaba la alegría; la espuma del vino era el hervir de la esperanza. Apurada la copa, la última, el semblante de los bebedores, en lugar de revestirse de la alegría del beodo, se cubrió con la seriedad de los hombres de carrera. Despues un altar con dos luces que chispeaban como si estuviese húmeda la torcida, y Rosa triste y contenta, sonriente y lagrimosa, mirando á su madre y á Miguel, bonita como una flor,... pero tal vez falsa...

Miguel exclamó levantando la cabeza:

—Mucho tarda Rosa.

Tomó un voluminoso pleito, uno de esos pleitos crónicos, que, como los enfermos de su clase, acuden, despues de agotar la experiencia, á la fe y al ardor de los facultativos jóvenes, y se afaná en continuar un escrito principiado. Cuando puso la fecha y la firma, exclamó:

—Gracias á Dios que he concluido; es muy triste la necesidad de trabajar, cuando el corazon no está en calma.

Miguel se fué al balcon á observar por entre las cortinillas. Despues de un largo cuarto de hora, en que manifestaba inquietud creciente, se volvió hacia la puerta, con las manos en los bolsillos.

Rosa apareció en la habitacion. Entre los pliegues de la mantilla espesa echada adelante, sujeta debajo de la barba, se asomaba un rostro fresco, expresivo. En la mano izquierda llevaba el libro de devociones, y con la derecha se recogía las blondas, separándolas del rostro; por debajo de la falda negra enseñaba un diminuto zapato de charol, con la punta empolvada: todos los hechizos de la belleza y de la virtud, revelados en unos pliegues entreabiertos, en un libro cerrado, y en un poco de tierra del suelo.

—Buenos días.

Miguel, sin desvanecer la seriedad, contestó:

—Buenos días; pero ¿cómo has tardado tanto?

—¡Siempre lo mismo!; tus celos son la tortura de mi existencia.

—Eso es evadir la contestacion.

—Pues bien, despues de misa he ido á ver al tío, que decae notablemente.

—Si me lo hubieses dicho ántes, no hubiera estado inquieto. No siento que vayas, al contrario; merece nuestra solicitud y cariño, siendo tú su heredera.

—Hoy ha querido enseñarme la gaveta en que guarda el dinero y los valores.

—No comprendo cómo ha reunido tan inmenso capital.

Ni yo. Y ¡si lo vieses!: láminas de todas las naciones, depósitos en todos los bancos de Europa. Me ha sido imposible calcular la suma.

Miguel se quedó pensativo. Rosa tomó asiento á su lado, y, echándose la mantilla atras, preguntó á su marido, con ademán cariñoso:

—Y tú ¿qué has hecho?

—Trabajar, hija, trabajar para vivir, la ley más dura de la creacion. No puedes comprender cuánto fatiga el trabajo por necesidad, tener que ocuparse en asuntos ajenos cuando el espíritu quiere reconcentrarse en los propios; es preciso sujetar el corazon y la cabeza con rosca. Muchas veces, cuando te veo delante de mí, haciendo labor, hablaría contigo, te diría que te quiero, aunque te moleste en momentos de impaciencia con mi suspicacia, te pediría perdón, si te he demostrado frialdad; pero no puedo interrumpir mi trabajo, perder el tiempo, que necesito para ganar nuestra subsistencia: es muy dura realidad, con millones tan cerca.

—Dios conserve al tío la vida muchos años.

—No deseo su muerte.

—Ya lo sé; pero cuando le llame Dios, no tendrás que trabajar; seremos opulentos.

—Estaré ya consumido por el polvo de los procesos.

—Te equivocas, el tío vivirá poco.

—Bastante para que no tengamos tiempo de disfrutar del descanso. No creas que yo ambicione grandes cosas; me contento con no tener que pensar en mañana.

—Yo deseo una casa grande.

—Por supuesto; la tendrás.

—De elevados techos.

—Como la desees.

—No quiero papel en las paredes, es mezquino.

—Pues estuco ó tapices.

—O cuadros de los mejores artistas.

—Por no tener medios de complacerte en cuanto desees, no soy feliz ahora.

—Ni yo tampoco. Me falta aire, y por eso me aparto de los centros en que no puedo alternar. Los que me vean con una falda negra de merino y la mantilla espesa, no creerán que desee guarniciones; y no las deseo: es muy pobre lujo el lujo en trapos. Nada más hermoso que una mujer vestida de negro en una habitacion de mármoles blancos.

—Estarás hechicera, Rosa; dijo Miguel contemplándola para adivinar su figura y su semblante en el fausto de la piedra bruñida. Allí pasaremos las horas mirándonos; para el amor es preciso no tener otros pensamientos, vivir entre ricos muebles, y tú ves los que nos rodean, poco mejores que los de mi cuarto de estudiante. ¡Si yo pudiese acelerar el tiempo!

—Serías el esposo que hubiera ofrecido á su mujer el más rico presente.

—¿Me quieres mucho, Rosa?

—Sí, mucho; pero me parece que aún te querré más cuando todo nos sonría.

Rosa hizo á su esposo una caricia infantil. Miguel dijo:

—Yo puedo acelerar el tiempo, tengo su corazón.

Rosa iba á reirse; pero se contuvo ante la expresion de su esposo.

—¿Estás en tu juicio?

—Lo estoy; es un terrible secreto que nunca te he confiado. Si quieres, adelantaré los años; habla, y se cumplirá tu voluntad. Ninguna mujer habrá satisfecho nunca tan gran capricho.

Los ojos de Miguel hubieran brillado en la oscuridad.

—Pero, ¿estás loco?

—Ahora lo verás.

Miguel se dirigió á un armario; Rosa casi temblaba creyendo que su esposo perdía la razon. Êste dijo á su mujer, dejándole el reloj sobre la falda:

—Toma; con ese reloj puedo adelantar el tiempo.

Aquella máquina tenía en el golpe del volante una vibracion que penetraba; Rosa, apénas había tomado el misterioso objeto, lo dejó sobre la mesa, como si quemase, aunque sin apartar la vista fascinada.

—¿Quién te ha dado eso?

—El diablo, en mi habitacion, sentado junto á mí.

—¿Es posible que creas en la aparicion del diablo?

—Le ví, y le toqué. Me sorprende, dijo con reticencia, que una beata no crea en el diablo.

—Y á mí, que un incrédulo crea en el diablo.

—Pues, ahí verás.

—Pero ¿quién era, qué figura tenía?

—Es un caballero muy galante, que puede enamorar á las jóvenes casadas, y me dijo que le gustabas por beatita.

—Ya lo veo, todo es una urdimbre de tus celos; me habías alarmado, y empezaba á creer que ese corazon era una máquina del otro mundo.

La jóven se reía.

—Siempre te ries de eso.

—¿No he de reirme de ver que tienes celos hasta del diablo?

—Del diablo, nó; pero me dijo que le gustabas por beatita.

—¿No conoces que el caballero diablo tiene interés en desunir los matrimonios?

—Lo conozco.

—¿Y que por manzana de discordia ha de valerse mejor que de los vicios, que le agradan, de las virtudes, que le molestan?

—Todo eso es verdad, pero podría tener otras explicaciones.

—Y ¿no sabes que el diablo tiene cuernos?

—Pues los tenía.

Rosa riendo, tomó el reloj de forma de corazon, que ya no le infundía miedo.

—Quiero saber el nombre del caballero galante á quien he gustado por beatita.

—Satanás.

—Calla, por Dios; los celos te trastornan el juicio, y son el tormento de mi vida.

—La duda es el roedor de mi existencia; pero el tiempo lo aclara.

—¿No dices que esa máquina es el corazon del tiempo, y que puedes acelerar sus latidos?

—Ahora lo verás; de todos modos, esto no es vivir: trabajo, duda, escasez.

Miguel tomó el reloj, y se detuvo un instante vacilando; Rosa miraba el corazon de oro.

—Tengo curiosidad de saber para qué sirve esa máquina.

—Te lo he dicho, y no me crees.

—Bien, adelántalo, y lo veremos.

—Perderás esos años de vida.

—Aunque fuese verdad, no me importa; siempre nos llevaría á otro tiempo mejor.

—Adelante.

Miguel puso la llave en el reloj, y la aguja pasó dos años con rapidez; luégo, como si vacilase el pulso, siguió con lentitud. A cada línea que pasaba, sentía Rosa un latido, como un martillazo que destruyese una fibra del corazon; á la quinta raya, detuvo á su esposo, exclamando:

—Basta, basta, es verdad.

Los dos esposos se miraban erizados, ateridos por la instantánea pérdida del calor de cinco años de la juventud. En aquel instante oyeron la campana que anuncia el sacramento de la Extremauncion; Rosa lanzó un alarido.

—¡El tío!

—Corre.

Los dos se lanzaron á la calle; iban el uno detras del otro con los esfuerzos de correr y la pausa del andar, débiles las rodillas y la respiracion jadeante por la carrera imaginaria.

—Corre, decía el de atras.

Paracía un sueño en que los piés no obedecen. A veces casi se detenían; otras, andaban inclinados para vencer la fuerza del viento, que les ceñía las ropas. Les parecía interminable la distancia, y que el tiempo se precipitaba en torrente impetuoso; por fin llegaron á la agonía del moribundo.

IV.

En un gabinete árabe, Rosa vestida de negro, se enjugaba lágrimas que á largos intervalos fluían, lenta filtración de los dolores estancados. En la magnificencia de la estancia, el semblante de aquella mujer resaltaba ajado; era una flor mustia en un espléndido jarrón. Hasta las lágrimas, que, al inundar una pupila destellante, son gotas de rocío, en el cútis sin transparencia de Rosa parecían gotas de hiel, que dejaban surco amarillento; y, si rodaban, sobre el terciopelo rojo del almohadon fingían gotas de sangre.

Miguel, encanecido, ensimismado, avivaba la lumbre de la chimenea.

—Miguel, quiero salir, estas habitaciones me sofocan, necesito respirar el aire libre del campo; huiría de aquí.

—He mandado que dispongan el coche.

Viviría en una cabaña; este fausto me recuerda á nuestro hijo, que nos ha dejado para siempre; aún creo oír sus pasos en este pavimento; me parece que ha de salir de entre los damascos. ¿De qué nos sirve todo esto?

—De nada.

—Sí, de triste recuerdo; ni el tiempo calmará nuestro dolor.

—Porque no tenemos otra cosa en qué pensar. ¡Si á lo ménos tuviésemos algo que hacer!

—Es verdad; si tuviésemos que trabajar!

—Pero había de ser por precision, para procurarnos el sustento; porque no siendo así, lo abandonaríamos.

—¿Cómo podemos olvidar?

—¡El dolor, disuelto en el fastidio, es horrible! Somos

poderosos, y para empequeñecer una desgracia no podemos comprar otra mayor; y dicen que el dinero todo lo puede.

—Sólo nos sirve para excitar la codicia de nuestros parientes; pero no disfrutarán de mi herencia; fundaré un asilo.

—Bien hecho.

Despues de un largo silencio, dijo Rosa:

—¿Te acuerdas de aquel tiempo en que trabajabas en tu mesa, mientras yo hacía labor á tu lado?

—Entónces éramos felices, y no lo conocíamos; ganábamos la vida, yo con mi trabajo; tú con la economía y el orden: ¡qué hermoso!

—¡Y aquella casa pequeñita, llena de sol en el invierno!; parecía un nido.

—Encerraba más esperanzas que este palacio.

—Si pudiéramos volver á aquella época de la vida;... aunque tuviese que sufrir tus celos, que se han apagado.

—Ya no nos queda nada, ni celos.

—¡Quién ha de mirarme! ¿No es verdad que estoy vieja?

—Es verdad.

—Como tú.

—Me parece que era ayer cuando te escribía desde mi cuarto de estudiante, desde aquel rincon en que lo más desagradable que penetraba era el polvo. Hemos consumido la vida en un momento; estamos en la vejez, aunque no hayamos llegado á ella.

—¡Si pudiéramos volver atras!

Miguel no contestó. Rosa, despues de una ligera vacilacion, dijo con temor:

—¡Si pudiésemos atrasar aquel reloj!

—No se me había ocurrido; pero es un dón del diablo.

—Nada más que esta vez; despues nos arrepentiremos; será deshacer el mal por los mismos medios, atrasando el reloj; tal vez resucite nuestro hijo.

—Imposible.

—Acuérdate que el tío se murió cuando adelantamos el reloj.

—Es verdad.

—Volverán el amor y la esperanza, á nuestros rostros ajados la juventud, y, como conservaremos la experiencia, seremos felices, porque sabremos vivir. Tú alcanzarás brillante posición con tus fuerzas propias, y yo estaré más orgullosa de ser la compañera de un orador insigne, de un hombre de Estado, que de un capitalista; cualquiera puede ser rico, pero muy pocos los que se elevan sobre los demás. Nada me importará que me falte el lujo del terciopelo y del oro; yo desplegaré el fausto de la virtud y de la distinción. Ya has visto que, renunciando á las ambiciones, á la gloria, no has sido feliz.

—Tienes razón; verás qué vida tan diferente.

Miguel sacó el reloj, y lo puso en una mesita; los dos esposos se acercaron, arrastrando los sillones. Rosa, de pecho en el velador, miraba la esfera del *Corazon del tiempo*, mientras su esposo colocaba la llave.

—Anda, Miguel, no pierdas tiempo.

—Está muy duro el eje.

—Pero ha andado un poco hácia atrás la manecilla, lo he visto, y me parece que tus ojos han recobrado brillo, que tu cabello vuelve á rizarse; yo también dejó de rejuvenecer, Miguel, mírame, y dímelo. En aquel momento sonó en el interior de la máquina un golpe metálico y el ruido que hace la cuerda de un reloj cuando, desenganchada, se desarrolla sin freno. La manecilla corría hacia adelante, saltando con rapidez las líneas de los años; Miguel apretó inútilmente la llave para sujetar la máquina; Rosa intentó detener la aguja con el dedo, y no pudo hundir el cristal; la manecilla siguió su carrera loca, hasta que, después de un zumbido de roce, que produjo el muelle al desarrollar las últimas vueltas, se paró muy cerca de la última línea de los sesenta años. Los dos esposos sintieron una punzada en el corazón.

Un lacayo desde la puerta, dijo:

—El coche.

Rosa y Miguel se lanzaron instintivamente á la escalera; iban desatentados, huían; bajaban empujándose para adelantarse.

El lacayo cerró la portezuela, y el coche partió.

—Pero, Miguel, ¿á dónde vamos?

—Es verdad; ¿á dónde vamos?

Los caballos aceleraban la marcha. Miguel bajó un vidrio para dar órdenes al cochero; éste se volvió descubriéndose, para recibirlas; Miguel cayó sobre la testera del coche, había reconocido al diablo por los cabellos medio ensortijados de las sienas.

La carrera se aceleraba, los caballos alzaban nubes de polvo, que se retorcián en los ijares; y los cubos de plata de las ruedas despedían un reflejo como una aureola; los destellos de los rayos formaban un círculo de chispas, y el coche se precipitaba hácia un nublado que, herido por el sol poniente, parecía la boca de un horno.—ANTONIO FRATES.

BRINS Y GAVELLES.

Palma Decembre de 1877.

Amich Matheu Obrador.

¿Quin altre titol podria dar á les manadetes que ab punts y ab hòres he espigolat per dins l' espayós camp de la nostra llengua mallorquina? No 's poden titolar *estudis* los replechs d' adagis y modismes, de cançons y cantarelles, de jòchs y endevinalles, que hauria publicat si no m' hagués mancat el temps y el saber per ferho ab orde y les degudes observacions de bona crítica.

Idòns; ¿per qué no calles, me podrás dir, si tant mateix no t' es possible enllestir aqueix treball axí com calria? Fillet, no call perque som afectat de despertar cassos que dormen.

Lo Diccioniari y la Gramática de la nostra llengua, que per exirne bé es tasca de molts, sòls han estat empresa d' un totsòl (*). L' análissis y l' història de nostra literatura que mostrarien al viu lo gèni y la fesomia del poble mallorquí, no tenim noves de que s' escrigan encara. ¿Qui haurá de ser el mestre que axecará aqueix monument? No seré jò ¡pobre manyá! pero per quant arribi l' hòra, replech y fas muntets d' alguns d' aquells materials que per fòrsa haurán d' emprar.

(*) El doctor Juan Josef Amengual (q. a. c. s.) deixá publicades la primera y la segona edició de una Gramática mallorquina que no han merescut elògis de ningú. Del seu Diccioniari que tenia comensat, no mes s' en publicaren unes quantes entregues. Deu sap ahont han anat á parar los escrits d' aqueix autor que treballá tota sa vida ab mes voluntat que bòn acèrt. El Diccioniari del pare Figuera (edició agotada) es l' únich que tenim y li manca molt per ser lo que se necesita. No volem parlar d' un mal compèndi anònim mes modern, que corre en bòga, y que sòls serveix per donar una mala idea de la nostra riquíssima y espressiva llengua.

Y, ¿per qué no m' ajudas? Dins un MUSEO, lo mateix s' hi guardan les estátues mes senceres que los petits bocins y les cenèfes d' un mosaich desfet. Per aqueix pich comensaré ab un enfilay d' adagis; y esper que 't feré enveja. Du gavelles, tal vòlta no serém totsòls y dins un any haurem compòst una garbera. Salut y fora palla.

ADAGIS Y MODISMES.

Son moltíssims los que s' usan en bon mallorquí, la major part originals y exclusius d' aquest llenguatge, altres mes ó manco consemblants per sa forma ó per sa significació á n' els que tenen les llengües castellana, francesa é italiana. Entre tots ells mereixen cridar l' atenció los que comensan ab lo pronòm *qui*, els quals son casi, casi innumerables. Citarem devant els que se componen de dues parts ab consonancia.

Qui canta á la taula y en el llit, no té el seny complit.

Qui t' fa moxonies y no t' en sòl fer, ó te vòl trahir ó t' ha menester.

Qui no s' arrisca no pisca.

Qui canta sos mals espanta.

Qui de jove no treballa, quant es vell dòrm á la palla.

Qui té infants massa, no pòt morí grassa.

Qui pòch t' atany, pòch te plany.

Qui espera, se desespera.

Qui no se cansa alcansa.

Qui té doblés vòla, qui no 'n té rodòla.

Qui no mes té un gat, ab ell se combat.

Qui té la tèrra, té la guèrra.

Qui barata el cap se grata.

Qui primé guanya, derré s' escanya.

Qui no fá cas d' un doblé, no 'l té quant l' ha menesté.

Qui del bon peix vòl manjá, de sa bossa li ha de costá.

Qui paga y ment, de sa bossa ho sent.

Qui té mal, el té venal.

Qui no está avesat á dur bragues, ses costures li fan llagues.

Qui molt xèrra, sovint s'èrra.

Qui va derrera, tanca la barrera.

Qui son jornal ha de fé, comensá prest li convé.

Qui no adoba la gotera ha de fer la casa entera.

Qui no sab á Deu pregá, que vaja per má.

Qui pren son còs ven.

Qui vòl viure de tot s'ha de riure.

Qui fa òbra se fa pòbre.

Qui no ròba, no du ròba.

Qui va ab un coix, al cap d'un any heu son tots dos.

A n'aquest derrer s'hi sòl afegir: *y qui ròba no'n du gens.*

No sempre dit pronòm está en el cas y llòch que la bona construcció gramatical demanaria, com podem veure en los sigüents exemples:

A n'á qui pren y dona, el dimòni l'encona.

A n'á qui dona y demana, el dimòni l'engana.

A n'á qui no gasta, pòch li basta.

A n'á qui mal mos vòl, al cel lo vejem.

A n'á qui s'mòr, l'enterran.

A n'á qui no li agrada que no'n menj.

A n'á qui té talent, tot li pareix pa.

A n'á qui mitx parteix y s'engana, San Martí li treu un ull.

A qui fa donació tapalí 'l cap ab un bastó.

Qui no té mals de caps s'en cerca.

Qui hi envía no hi va.

Qui pòch pasta prest se renta.

Qui té sa coua de palla, de còp la s'encen.

Qui romp el vidre 'l paga.

Qui mira lluny cau pròp.

Qui tot ho vòl tot ho pert.

Qui es devant camina.

- Qui té 'l c..... llogat no pòt seure allà ahont vòl.
 Qui no té res que fer pentina pets.
 Qui pòch té, ab pòch s' aconhòrta.
 Qui fá plers á bèsties, no 'n trèu mes que cosses.
 Qui mal no fá mal no pensa.
 Qui no es de l' art el gasta.
 Qui té quimera no dorm.
 Qui manco hi sab mes hi diu.
 Qui no té vergonya tot lo mon es seu.
 Qui no plòra no mama.
 Qui veu la barba de son vehí cremá que pòs la seua á remullá.
 Qui s' allarga mes que el llansòl mostra 'ls peus.
 Qui té mòrt á casa seua no va á plorar fóra casa.
 Qui está bé que no 's mòga.
 Qui no hu fá de jove ho fá de vell.
 Qui no hu fá de pollí ho fá de rossí.
 Qui no pot pus morir se deixa.
 Qui no sembra no cull.
 Qui no entra p' el portal, sol sortir per la finestra.
 Qui no creu la bona mare, ha de creure la mala madastre.
 Qui pega derré pega mes fòrt.
 Qui té dòna té de tot.
 Qui es citat que comparesca.
 Qui es devant camina.
 Qui contes vòl, contes té.
 Qui sembra á terra d' altri, pert sa llevó.
 Qui s' aixeca dematí pixa allà ahont vòl.
 Qui fá s' orí cla no ha menesté metje.
 Qui conte s' erra.
 Qui es causa de la primera causa es causa de totes.
 Qui còbra gasta.
 Qui molt abraça pòch estreny.
 Qui calla ho diu tot.
 Qui calla no diu res.
 Qui calla hi consent.
 Qui manetja òli els dits s' en unta.

Qui l' endevina l' encerta.
 Qui mana regeix.
 Qui es en tèrra judica y qui es per mar navega.
 Qui cuant pòt no vòl, quant vòl no pòt.
 Qui es confrare, que prenga candela.
 Qui assembla á los seus, no fa tòrt á ningú.
 Qui les cerca les tròba.
 Qui no vòl pols que no vaja á s' era.
 Qui t' vòl bé t' ferá plorá, y qui t' vòl mal te ferá riure.
 Qui no s' enginya no viu.
 Qui está mes alt predica.
 Qui primé es en el molí primé engrana.
 Qui ha fet avuy ferá demá.
 Qui fá un pané fá un còvo.
 Qui fa un còvo en fá cent.
 Qui ha menester fòch, ab sos dits lo cerca.
 Qui futx de Deu debades corre.
 Qui vòl mal d' ell no 'l s' allunya.
 Qui bé ho paga bé ho pòt dú.
 Qui tròba estoja y qui pèrt cerca.
 Qui no está avesat á aná á missa en el portal s' ajonolla.
 Qui l' ha feta que l' engrons.
 Qui vòl peix que s' bany es cul.
 Qui les té que les sòn.
 Qui no hi es no hi fá fretura.
 Qui té comes que les trega.
 Qui l' agafa es seu.
 Qui la té que la tenga.
 ¡Qui l' ha vist y el veu!
 Qui no ho creu no peca.
 Qui té mal que gemech.
 Qui es mòrt que jega.
 Qui la fa la paga.
 Qui no ho vòl pelut que s' ho tonga.
 Qui en vòl mes que en cerch.
 Qui m..... envía, p..... espera.
 ¿Qui comanda á can Ribòt?.....
 Qui escudella d' altri espera, freda la menja.

Qui lleva l' ocasió lleva el pecat.
 Qui té un' hòra bona no 'n té dues de dolentes.
 Qui té de Sant Pere no manlleua á Sant Pau.
 Qui es massa pica.
 Qui flatos té p..... envía.
 ¿Qui t' empeny que tant redòlas?
 Qui fá blanch fá nou.
 Qui barba veu barba honra.
 Qui es sabaté que fassa sabates.
 Qui té fret de pèus que los s' escauf.
 Qui va contra sa seua sanch va contra Deu.
 Qui está avesat á saltá cuant camina trotetja.
 Qui té sa pella pes mànech fa anar s' oli allá ahont vol.
 Qui fa lo que pòt no está obligat á mes.
 Qui té curòlla no viu.
 Qui no menja *turri burri* no mòr patriarca.
 Qui paga endevant está mal servit.

Y á la fi també hi podem incloure aquells modismes y sentencies que no comensan ab aqueix pronòm, però que son d' un género molt consemblant perque ab ell s' indica el principal subjecte de l' idea.

No es nat ni naixerá *qui* niu de cega trobará. (*Se deu dir axi perque les cegues no crian á Mallorca.*)

No mancará *qui* tocará matines.
 Feis bé y no mireu á ne *qui*.
 Infant y cá coneix *qui* be li fá.
 Tirará *qui* tendrá bò.
 Fa *qui* pòt, menja *qui* té.
 Que t' compr' *qui* no t' coneix.
 Ningú parla de m..... sino *qui* n' está untat.
 A casa pòbre *qui* no hi du no hi tròba.
 A casa rica *qui* no hi du no multiplica.
 Cercar *qui* té òus d' avuy.
 A Liorna *qui* no hi vá no torna.
 Digam amba *qui* vas y té diré *qui* ests.
 No es torpe el *qui* dona, si el *qui* reb es persona.
 Deu dona faves á n' el *qui* no té caixals.
 A la casa de la Cucanya *qui* manco hi fá mes hi guanya.

De fora casa vendrà *qui* de ca-nostra mos treurá. etc.
etc.

Tenim per cèrt que en mancan molts pera que hi sien tots, pero, per 'vuy donam aquests á conte. Els qui per entreteniment ó per afició vulgan indicarnos alguns dels que hem deixat sens apuntar, lluny de fermos agravi mos ferán favor.

B. FERRÁ.

POESÍAS POPULARES
RECOGIDAS EN ANDALUCÍA.

AMOROSAS.

La palabra que me diste
En el monte de Olivete,
Me la tienes que cumplir,
Ó me ha de costar la muerte.

Por un Pepe doy un cuarto,
Y por un Jaime un doblon,
Por un Juanillo daría
Sangre de mi corazon.

Si te vas, amante mío,
Déjame prenda segura;
Si otro galan me pretende,
Yo le diré que soy tuya.

Toda la sal que derramas,
Me cae en el corazon;
Salerito de mi vida,
Sácame de esta prision.

El día en que no te veo,
Divino sol de Jesus,
Mis ojos no tienen luz,
Ni mi corazon consuelo.

Aunque me ves amarilla
Y los lábios sin color,
No te aflijas, dueño mío,
Que de eso es causa el amor.

Las estrellas del cielo
No son bastantes
Para quitar el gusto
À dos amantes.

Quiéreme con toda el alma,
Que aborrecerte no puedo,
Y, si me has de aborrecer,
Dame la muerte primero.

Asómate á la ventana,
Si te quieres asomar,
Y mira no te lastimes
Ese pecho de cristal.

Vamos á la fuente, niña,
Esperanzas á beber,
Porque no hay fuente más rica
Que la fuente del querer.

A mí me mandan tocar
Las campanas del olvido;
¿Cómo es posible apagar
Fuego de amor encendido?

Ven acá, cuñada mía,
Ponte delante de mí;
Aunque no veo á tu hermana,
Me alegro de verte á ti.

Cuando mi Pepe se pone
El sombrero en andaluz,
Aquel moreno de cara
Parece el sol de Jesus.

Todos los bienes del mundo
Me los dejara perder,
Sólo por tener la dicha
De que fueses mi mujer.

Por mucho que brille el sol,
Y resplandezca la luna,
A cualquiera de los dos
Sobrepuja tu hermosura.

Fuiste mi primer amor,
Me enseñastes á querer;
No me enseñes á olvidar,
Que no lo puedo aprender.

Gracias á Dios que he llegado,
Gracias á Dios que llegué;
Gracias á Dios que he encontrado
La prenda que más amé.

(Fin de las amorosas.)

EPIGRAMAS.

Aunque tu drama es perverso,
La portada no está mal:
*«Drama original, y en verso
DE Don Fulano de Tal.»*

—«Perdido» el audaz Senen
Me ha llamado.

—Es un mal bicho.

—Le he calumniado tambien;
¡Y algo duro!

—¿Qué le has dicho?

—Le he llamado «hombre de bien.»

LEON CARNICER.

EPITAFIOS.

«*Aquí el esposo de Rita*
Duerme en paz.» Lo necesita.

—La empresa de coches fúnebres
Quebró.—Si; murió en Morata
El doctor Silverio Mata.

COROLARIO DEL ANTERIOR.

Murió el médico Silverio,
Y se cerró el cementerio.

A este gallego, de Peco,
Le sirve de caja un zueco.

Aquí yace Encarnacion,
Jóven que, llena de vida,
Vivió en polvo convertida.
Milagros del almidon.

—«*Extenuado, hecho un alambre,*
Aquí un maestro de escuela.....»
—No sigas. Murió de hambre.

Dos años há que murió,
Y aquí yace un Bachiller.
Si no muere, acaso, acaso,
Hoy sabría ya leer.

«*Aquí descansa.....*» Enterado:
Este sería empleado.

LEON CARNICER.

MISCELÁNEA.

Como documento curioso, por más que no sea de notable importancia histórica, pues son bastante conocidos los principales datos que en el mismo se indican, copiamos literalmente un manuscrito que por casualidad ha llegado á nuestras manos; está extendido en papel vitela y encerrado en dos pequeñas orlas negras.

NOTICIA HISTÓRICA

DEL PUIG DE S.^a M.^a MAGDALENA DE LA VILA DE INCA.

1. Primerament en dit Puig fundaren un convent los Freres de N.^{tra} S.^{ra} de la merçé; no se sab quants de anys habitaren dits Religiosos en dit Puig.
2. Despues que sen foren anats los Mercenaris hay habitaren las monjas del Olivar del orde de S.^t Francesch y lo año 1515 pasaren estas Religiosas Franciscanas á una Igl.^a de N.^{tra} S.^{ra} del Olivar del terme de Esporlas.
3. Despues de las Monjas Franciscanas demenaren los Jurats de Inca llicencia per fundar en dit Puig un convent de Monjas del Orde de S.^t Jeroni; y el Ill.^m y R.^m S.^r D.ⁿ Juan Bap.^a Campegio Bisbe de Mallorca dia 11 de Novembre del año 1530 mená que surtissen set monjas de S.^t Jeroni de Ciutat per dita fundació; la Primera se anomenava Sor^{or} Antonia Despaña, y el confessor fonch el Rev.^t Agustí Bauçá P.^{re}
4. Quatre anys habitaren las monjas Jerónimas en el Puig de Inca baix la invocació de S.^{ta} Magdel.^a en este temps donaren lo habit á Cath.^a Fábregas de Inca, y á Jerónima Font de Muro; los Jurats de la vila demenaren pesar ditas Monjas al Oratori de S. Barthomeu porque en el Puig tenian alguns perills, per estar fore de Pobblat.

5. Dia 21 Setembre 1534 decretá el Vic.ⁱ Gen.^l mudar el Conv.^t; y el dia de S.^t Thomas Apostol de dit año 1534, devellaren las 7 Monjas Jerónimas ab las Duas novicias al Oratori de S. Barthomeu.

6. Los Jurats de Inca com á Protectors del Puig manaren que se enseñás la Gramática; no es sab quin año se comensá la Escola.

7. Las Monjas Jerónimas qui fundaren el Conv.^t en dit Puig se deyan: Sor Antonia Despaña; Francina Juan: Perata Damiá: Ursola Reus: Miquela Guayata: Constansa Mascaró: Antonia Oleza: y Eulalia Metja.

* *

Exposicion de Paris.—Entran ya en el último período los trabajos de la Exposicion de París. El grueso de la obra el palacio de Marte y del Trocadero está terminado, siendo el más importante bajo el punto de vista arquitectónico.

El palacio semicircular tiene un desarrollo de 500 metros; el palacio general se compone de un pabellon central, franqueado de dos pabellones llamados de conferencias, de dos alas cortadas cada una por dos pabellones intermediarios y terminadas por dos pabellones de cabeza. Las techumbres, felizmente colocadas, serán dominadas por torres de 80 metros de altura. Para sentar bien el palacio, ha habido necesidad de practicar un trabajo subterráneo gigantesco. En las canteras y en las catacumbas se han empleado 300 obreros por día para abrir pasos y edificar muros inmensos.

El pabellon central, sala de fiestas, es la construccion circular definitiva más grande que existe: la sala interior, de un diámetro de 50 metros, tiene una altura de 32, es decir, una altura igual á la de la bóveda de Nuestra Señora; la altura de las torres excede en más de 17 metros de elevacion á la de la flecha de la catedral.

Para este solo pabellon se han empleado 19,000 metros cúbicos de piedras de talla, 30,000 de murrillos, 1.000,000 de ladrillos y 40,000 sacos de cemento.

* *

El péndulo.—En la Exposicion universal de París se trata de renovar el curioso y célebre experimento hecho

por el eminente físico M. Foucault en 1860, acerca de los movimientos del péndulo.

De la parte superior de la bóveda del Panteon pendía un enorme globo metálico en el extremo de un alambre; este conjunto servía para demostrar que los movimientos oscilatorios de una masa, libremente suspendida en la extremidad de un hilo sin torsion, son independientes de la rotacion de la tierra.

El péndulo oscilaba con gran lentitud á causa de la longitud del hilo, y, en cada movimiento de vaiven, una punta metálica colocada en la parte inferior del globo, deshacía un pequeño muro de arena, destinado á hacer más visible el cambio de posicion del plano en que se mueve el péndulo.

Este experimento puesto al alcance de los visitantes, y ejecutado con nuevos perfeccionamientos, constituían un nuevo *geóscopo*, nombre adoptado por el autor de la idea.

El péndulo, cuyo peso será de 300 kilogramos próximamente, oscilará al extremo de un alambre de 65 á 78 metros de longitud; en su movimiento llevará consigo una especie de canal, que, como el mismo péndulo, permanecerá fijo en el espacio con relacion á las constelaciones.

Debajo del aparato se hallará dispuesto un gran globo terráqueo de 25 á 30 metros de diámetro, y que, descansando en el suelo, seguirá el movimiento de la tierra, al mismo tiempo que los espectadores. El canal, por el contrario, sujeto en la extremidad del eje de este globo, y girando con el péndulo, arrastrará grandes agujas que parecerán cambiar de lugar como él. Teniendo el globo un volúmen considerable, será perfectamente visible el movimiento de las agujas, siendo, hasta cierto punto, tangible aún á las personas ménos atentas, la rotacion de nuestro planeta sobre su eje.

Esta maravilla científica se halla destinada á iniciar al público en la solucion de los problemas astronómicos.

(*Fomento de la Produccion Española.*)